

# Dar el salto

## (TC nº 23)

¿Qué es lo que lleva a Théorie Communiste a aparecer como un paradigma que suscita desconfianza y reticencia en un medio por lo demás rico en divergencias y enfrentamientos? TC se presenta como exterior a un *en-común* en el interior del cual se producen divergencias y enfrentamientos a fin de cuentas convenientes. Dejemos de lado por el momento la cantinela de la dificultad de lectura de TC, pero volveremos sobre ella.

Por supuesto, están la crítica de la autoorganización, de la autonomía, de cualquier forma de gestión obrera; está la crítica al programatismo, es decir, la periodización histórica de la revolución y del propio contenido del comunismo; está la reestructuración del modo de producción capitalista, es decir, de la contradicción entre el proletariado y el capital; está la afirmación de la existencia de un nuevo ciclo de luchas definido por la lucha de una clase cuya propia existencia como clase es el límite de su lucha, y está la crítica de cualquier visión normativa de las luchas y de la revolución. Todo eso ahí está, pero lo esencial reside en la ruptura que representa TC respecto del paradigma teórico que define el *en-común* de estos debates, controversias y polémicas.

El primer paradigma, el del *en-común*, dentro del cual se desarrolla lo esencial de los debates y enfrentamientos de «nuestro medio», puede ser definido de la siguiente manera: la perspectiva revolucionaria resulta de un desarrollo positivo (transcrescimiento) del curso de la lucha de clases. Esta relación positiva con el curso de la lucha de clases es del tipo: «la cosa misma habla» y «nosotros esperamos» (que la expectativa sea más o menos intervencionista y que la palabra se reconozca como más o menos clara, no cambia nada fundamental). Es lo que podríamos llamar, exagerando, pero apenas, el *paradigma del relato*: «esto es lo que sucede». Los relatos pueden ser distintos y enfrentarse entre sí, pero el *en-común* consiste en convertir el análisis teórico en un relato normativo del curso de la lucha de clases, porque es siempre de un análisis teórico de lo que se trata. En tanto análisis teórico, el relato tiene dos presupuestos fundamentales: una naturaleza revolucionaria del proletariado, y la revolución como profundización y sobre todo liberación de lo que encierra el curso actual de las luchas. La naturaleza revolucionaria rara vez se declara explícitamente, pero es el prerrequisito implícito del segundo punto.

La lucha de clases entre el proletariado y el capital no es realmente una contradicción entre el proletariado y el capital, sino una reacción, una defensa del proletariado contra el capital. El proletariado debe revelarse como sujeto a través de situaciones objetivas que favorezcan o contrarresten esa revelación. Cada lucha es una afirmación: en cada lucha, el proletariado ha de encontrarse a sí mismo, rechazar todo lo que es exterior a él. La revolución como ruptura desaparece del horizonte; la lucha lo es todo, la revolución se convierte en el proceso de las luchas, en el proceso de esta conquista de sí. Al igual que el Tercer Estado, que políticamente no era nada, pero socialmente ya lo era todo, el proletariado ya lo es todo; sólo tiene que descubrirlo por sí mismo; esa sería la esencia de cada lucha. Cada lucha es esperada como signo de una revelación, y plantea este

reconocimiento como su objetivo. El proletariado sólo tiene que llegar a ser por sí mismo lo que es en el capitalismo para que éste último deje de serlo, ya sea afirmándose o negándose. Incluso si se habla de la «negación del proletariado», esta «negación» de sí mismo no es sino el resultado de un tipo particular de ascenso de sus luchas. Al igual que la afirmación, no es más que el resultado de las características que se haya decidido elegir en el curso de las luchas. En este paradigma, el intervencionismo sólo es una opción facultativa. Hablar de la revolución es contar lo que sucede.

Ya no se plantea la cuestión: «De las luchas actuales a la revolución». La cuestión carece de sentido; las luchas actuales, por su contenido, por el objetivo que la clase se plantea en ellas, por las tareas que tiene que afrontar en ellas, tienen por objeto la transmutación del capitalismo en otra sociedad a través de la revelación —positiva o negativa— de la clase obrera a sí misma. Este es el paradigma del relato. La comodidad de este paradigma radica en la confusión teórica (sistemática) mediante la que es capaz de sustentarse a sí mismo. Aquí el normativismo declarado, oculto o espontáneo hasta el punto de pasar desapercibido hasta para sus propios autores, es definitorio. En el transcurso de las luchas, está lo bueno y lo malo, y sobre todo la parrilla de lectura que permite separarlos. La comodidad radica en la relación positiva inmediata que se mantiene con el curso de las luchas en tanto revelación más o menos integral de lo que siempre está ahí, aunque sea en potencia (todavía no *en sí*) y que sabemos que casi ya estuvo en otros momentos de una *historia referencial*, porque la historia es una parrilla de lectura dentro de un presente perpetuo.

Intelectualmente es muy difícil pensar en poner en entredicho este paradigma, ya que corresponde a lo que concebimos espontáneamente de cualquier lucha cuyo desenlace es la eliminación del adversario. Se puede llegar a pensar que, *mediante el desenlace*, el vencedor se suprime a sí mismo dentro de lo que era, en la medida en que sólo existía dentro de su relación con el adversario. Se cree haber llegado así a las cumbres de la dialéctica. Pero todavía no es la naturaleza misma de su lucha la que se ha definido como contradictoria; sólo se ha otorgado a ésta características (el rechazo del trabajo es aquí la característica central) que positivamente conducen a este desenlace. No sólo es muy difícil abandonar este paradigma, sino que es aún más duro abandonar personalmente la propia comodidad. Siempre basta con narrar y decir: esto es lo que me reconforta, en esto me apoyo. Es esto o aquello y *existe*. Esto es lo que convierte la ruptura paradigmática de TC en una especie de espantajo. Es *el salto que hay que dar*.

El salto que hay que dar es el de la crítica radical de toda existencia para sí del proletariado mediante la cual sería revolucionario: su contradicción con el capital es su contradicción consigo mismo. Esta proposición, que debe ser entendida estrictamente, define la *situación* revolucionaria del proletariado en su relación con el capital, en el interior del modo de producción capitalista. Significa que ninguna lucha es desviada, que nada impide que se revele una potencialidad. Lo esencial reside en comprender la relación entre el trabajo y el capital como una implicación recíproca cuyos términos no guardan una relación idéntica o simétrica con la totalidad, porque esa implicación es la explotación, la subsunción del trabajo bajo el capital. Equivale a la crítica y la condena del subjetivismo que subyace a la insistencia en la autonomía del proletariado y, al mismo tiempo, al rechazo de cualquier enfoque normativo o voluntarista de las luchas. Todo el

discurso de la revelación o de la acción interrumpida (que podría haber «ido más allá») queda superado; este discurso que subyace al paradigma del relato es una ideología de la esencia revolucionaria que, como toda ideología, no pone de relieve sus propios presupuestos. No se trata de decir que este o aquel elemento de la lucha de clases del proletariado es portador de su afirmación o de su negación, sino de decir que *la lucha de clases es una contradicción para sí misma*.

La ruptura consiste en decir que la relación con el curso de la lucha de clases ya no pertenece al orden del relato, que reposa sobre la tranquilidad de la revelación de lo que el proletariado es *en sí mismo*, porque «en sí mismo» este no es más que su relación con el capital. Si de la lucha de clases tal como se desarrolla se pasa a la revolución, es porque la revolución es la superación producida por la lucha de clases que, en cierto modo, «se vuelve contra sí misma»: el proletariado produce y trata su propia existencia como clase como límite de su lucha en tanto clase. La relación con el curso de la lucha de clases sólo es «positiva» en la medida en que produce su superación. En cada lucha, es esta puesta en entredicho por parte del proletariado de su propia existencia como clase en su lucha contra el capital lo que constituye el anuncio de esa superación (una relación positiva del curso de la lucha de clases con la revolución, si se quiere, pero de una «positividad» muy particular). El relato es una actitud contemplativa, sea cual sea la dosis de intervención que se le inyecte. Ya no basta con contar la historia y decir «la cosa misma habla»; estamos muy lejos de la serenidad, incluso constantemente decepcionada, de esperar la revelación de lo que es «en sí mismo».

Hacer el duelo del relato y la expectativa de la revelación, hacer el duelo de una relación positiva, incluso constantemente frustrada, del curso de las luchas con la revolución (sea ésta afirmación o negación del proletariado), hacer el duelo de la pérdida de la parrilla de lectura que mide el grado de revelación del proletariado tal como es en sí mismo (mediante su erección en clase dominante o su abolición), hacer el duelo del hecho de que la pertenencia a una clase pueda ser afirmación o negación, cuando es la clase la que está en cuestión: *ese es el salto a dar*. Este es el cambio de paradigma que suscita tanta desconfianza y resistencia, porque no es un simple cambio de opinión, sino despojarse de una toma de posición existencial personal frente a las luchas hecho de expectativa, de reencuentro y de *despecho amoroso*. Tenemos que aceptar que el discurso teórico no sea un relato sino una exterioridad interna a la lucha de clases. La expresión interna de su contradicción. No es la presentación inmediata del curso de la lucha de clases, no es la conciencia inmediata de ésta, no es su *relato*.

Si la lucha de clases encuentra en el hecho de ser una clase el límite que produce y el límite a superar, la teoría de esta superación ya no puede confundirse con el simple enunciado, incluso crítico, de «lo que sucede», porque no se refiere a ninguna norma, ni a ninguna potencialidad. La ideología del ser y de la potencialidad —sin tener que enunciarse a sí misma— convierte cada acontecimiento y su relato en su demostración. Al no ser un relato que lleve como polizón una naturaleza revolucionaria del proletariado, el «paradigma teceísta» es una teoría pesada, un sistema que *se enuncia como tal*. Es una teoría, es decir, una lectura que se reivindica y se conoce a sí misma como reproducción de lo real (el relato también es una reproducción, pero que sólo pretende ser reproducción, que se oculta a sí mismo como teoría en el marco de su enunciación). La

dificultad de TC radica en su carácter absolutamente no normativo (la revolución o la verdadera lucha serían esto o aquello) y absolutamente no esencialista en lo que se refiere a la definición de las clases. Al considerar la contradicción entre el proletariado y el capital como su relación y no como el encuentro de dos seres como existirían en sí mismos al margen de su implicación, el paradigma teceísta tiene que enunciarse de manera sistemática, porque no se apoya en ningún elemento particular que, dentro de la contradicción, sea la prueba o la certeza (siquiera potencial) de su superación, como no sea la situación respectiva de los términos de la contradicción. Tenemos que enunciar cada momento particular, histórico o elemento de la totalidad, precisamente como un momento de la totalidad, es decir, que no podemos decir nada sin decirlo todo. Es la condena que la teoría de la revolución como superación de todas las clases mediante la abolición del modo de producción capitalista pronuncia contra sí misma.

El salto a dar es el abandono de toda concepción positiva de la lucha de clases del proletariado (existente, potencial, definida en sí misma para sí misma), si no es su capacidad de ponerse en entredicho, como clase, en esta lucha. Ese salto se da enfrentándose a la única cuestión en la que se resume todo: ¿cómo puede una clase, actuando estrictamente como clase de este modo de producción, abolirlo y abolir todas las clases?